

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

EL SALONCILLO DE ALHAMBRA.

Por Federico Villoch.

Carteles, oct 23/938.

EL SALONCILLO de Alhambra puede decirse que era uno de los lugares más conocidos del mundo. Así como suena. En treinta y cinco años de funcionar el teatro, sin parar un solo día, desfilaron por aquél, en su visita a la capital de nuestra República, las personalidades artísticas y literarias más renombradas, llevándose todas las más agradables impresiones acerca del especialísimo género que en dicho teatro se cultivaba. No hace mucho aún, el nombrado y cultísimo escritor y conferencista norteamericano Waldo Frank nos aseguraba, en la última visita que nos hizo, que ese —“nuestro teatro”—por su espontaneidad, verismo y desenfadado, era digno de un reposado y minucioso estudio, el cual no tendría inconveniente en llevar a cabo en una nueva excursión a nuestra patria que para más adelante proyectaba. Frank poseía un vasto y profundo conocimiento de los teatros populares de Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Buenos Aires e Italia, de cuya rama napolitana nos hablaba extensamente, encontrándole un parecido exacto con el nuestro. Le encantaban sobre todo nuestros sainetes populares, admirándose de la facundia y gracia *sui-generis* de esos desconocidos, padres de nuestros dicharachos y modismos callejeros y creadores anónimos de esas tonadillas que enriquecen y dan vida intensa a nuestro ambiente popular: una riqueza folklórica digna de estudio.

Todos los que pasaron por el saloncillo de Alhambra dejaron un recuerdo: bien su retrato con su dedicataria correspondiente, que lucía en las paredes; bien una frase oportuna; bien un chiste ingenioso que recordaban y repetían todos con agrado. Los que por razones de compañerismo o de negocio éramos visita diaria de aquel saloncillo, podríamos escribir un libro lleno de amenidad e interés, con sólo recordar las ocurrencias, los juicios

y los comentarios que de infinitos asuntos de actualidad mundial se les ocurrieron a aquellos visitantes, cuya sola lista de nombres basta para darse cuenta de su importancia: Zaconi, Novelli, Borrás, Larra, Balaguer, Thuiller, Federico García Sanchiz, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Benavente, González Blanco, Zamaçois, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Zuloaga, Martínez Sierra, Marquina, García Lorca, Jiménez Asúa, Marañón, etc., etc. Apenas desembarcaba en La Habana alguna celebridad por el estilo de esas, lo primero que le decía a su guía o cicerone:

—Bueno; ya me llevará usted a conocer la Alhambra.

El guía, amoscado, o con la mala intención de todas las cuñas por los palos de su propia especie, solía contestar:

—Hombre; la Alhambra...

—Es que he oído hablar tanto de ella...

—Bueno—accedía el cicerone—si usted se empeña.

Y nunca tuvo el guía que arrepentirse de haber complacido en su demanda al curioso visitante, quien, en no pocas ocasiones, como sucedió con Zamaçois, González Blanco, Joaquín Belda y algunos otros, se convirtieron durante su larga permanencia entre nosotros, en visita diaria e íntima de la casa; sin contar aquellos que, cuantas veces pasaban por nuestra capital con rumbo a otras Repúblicas americanas, reaparecían sin esperarlos en el tal saloncillo, con el solo objeto de saludarnos y pasar unos instantes en aquel agradable rincón, durante las contadas horas que les concedía la escala.

Los asiduos concurrentes al saloncillo recordaremos siempre la charla de Blasco Ibáñez, tan amena y llena de vida y color, en las dos horas que llenó él solo contándonos las impresiones de su viaje a México, que más tarde vieron la luz reunidas en un tomo; y la de Valle-Inclán, todo retórica y fraseología de relumbrón. Dos caracteres opuestos. El



2

2

26 10

uno todo sinceridad, emoción, vida; el otro *pose*, deseo de abrumar y deslumbrar a su auditorio: poco simpático en su soberbia.

De Benavente también quedaron frases ingeniosas. Tratándose de que dijera algo de ciencia y sociología, en unas sesiones que celebraba por aquellos días cierta asociación de cultura, le dijo al delegado que solicitaba su cooperación:

—Señor mío: yo no soy más que autor dramático; y no siendo eso, me declaro más ignorante que un académico.

Zamacois nos deleitó toda una velada contándonos sus viajes por el gran río Magdalena; y sus impresiones en Antofogasta, ciudad que a nosotros se nos figuraba una de esas poblaciones que se inventan en las astracanadas de Muñoz Seca y Abati.

Rendueles, un periodista madrileño de mucha gracia, representante, en una de sus excursiones por América, de la gran compañía Guerrero Mendoza, nos refería sus aventuras por los Andes y las Pampas, de manera tan pintoresca que nos torcíamos de risa.

—Bueno—decía con su cerrado acento madrileño de la calle de Toledo—había que vernos cruzando aquellos ríos a lomos de cocodrilos y elevándonos sobre aquellas montañas en alas de cóndores y águilas...

Larra y Balaguer, los dos famosos artistas madrileños que rindieron su primera temporada en el gran teatro Tacón con el mejor éxito artístico y económico, eran visita del saloncillo, siempre que el programa de sus funciones se lo permitía. Se asombraban de que nosotros estrenáramos obras de verdadero empeño con nada más que diez o doce ensayos, y nos citaban, como una excepción entre ellos, cierta obra escrita por los hermanos Quintero para un beneficio de Balaguer, a la que se le dió sólo "un mes de ensayo", tiempo que nosotros invertíamos en ensayar lo menos cuatro.

Novelli, el gran Novelli, iba también a menudo a aquel saloncillo a deleitarse con el trabajo cómico de aquel genial actor nuestro que se llamaba Arturo Ramírez, y que tan maravillosamente interpretaba los papeles de "bobo". "El Bobo de Alhambra", como le llamaba La Habana entera.

Uno de los que asistían con frecuencia al saloncillo era el doctor Benigno Souza; e iba, como él decía, a tonificarse los nervios excitados, tan a menudo, por las atenciones de su carrera. Instruido en muchas ramas del saber humano, las visitas del doctor Souza eran en extremo entretenidas y amenas, pues cada una de ellas resultaba una provechosa conferencia, ya sobre literatura, bien sobre Historia, de la que posee vastos conocimientos; ora sobre ciencia, de la que es un adorador incansable. La simpatía de su trato, además, y sus grandes relaciones sociales han enriquecido el tesoro de sus recuerdos de tal modo, que de cualquier asunto o acontecimiento que se trate puede en el acto aportar datos y referencias de inestimable importancia. Ni él se cansaba de hablar, ni nosotros de escucharlo; y cuando se le advertía que se había levantado el telón y que iba a dar comienzo la obra, nos respondía siempre:

—Yo a lo que vengo es a charlar con ustedes.

Rafael Conte, el popular y ameno periodista fallecido hará seis años, iba siempre al saloncillo con alguna noticia inventada por él, o a darnos cuenta de algún libro raro que acababa de leer, y cuya veracidad correría pareja seguramente con la de la noticia que nos comunicaba. Tenía ocurrencias felices. Una noche, comentándose en el saloncillo el reciente estreno de cierta obra musical de un autor del patio—muy estimable por cierto—se le ocurrió que entre todos los que nos encontrábamos reunidos allí en aquel momento, compusiésemos una crónica haciendo el juicio de dicha obra y firmada por un supuesto crítico de música italiano, de paso entre nosotros. Cada cual puso su "barbaridad" correspondiente; y había cosas como éstas:



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

“¿Dónde ha visto el señor Fulano—el autor de la obra—que se use la madera para expresar el odio y la venganza?” “¿Qué hacen entonces los metales?” “La sonatina con que comienza el segundo acto, en vez de haber sido escrita en *fa*, debió haberlo sido en *sol*, tratándose sobre todo de un país tropical como Cuba, que es donde se desarrolla la acción”. Y así media columna de desatinos que publicó un periódico de la mañana; y después de leer los cuales, decía por los cafés un conocido crítico teatral de aquel tiempo:

—Eso; eso es crítica musical bien hecha.

Y hasta agregaba que había tratado en Milán, personalmente, al tal crítico de arte inventado por Conte.

Así se escribe la historia; y la crónica teatral algunas veces.

También nos visitaban con asiduidad los hermanos Savon, periodista el mayor y corresponsal de varios e importantes periódicos de provincia, muy enterado de las cosas de Palacio durante el Gobierno de Machado, del cual nos daba noticias de gran interés en aquellos tres últimos años de la “prórroga”, tan llenos de peligrosos incidentes. Vigués, el simpático Juan Criollo que redactaba entonces “La Voz de la Conciencia”, era también uno de los asiduos. A veces venía con él el humorista Jorge Fernández de Castro, de la “Marina”; González

López, del “País”; y Soloni, del propio periódico, con frecuencia; Lillo Jiménez, cronista de *sports* y también poeta, que en una temporada “sentimental” nos visitaba todos los días. El joven doctor Fernando Oller nos hablaba de los “misterios del corazón”, su especialidad, y el doctor Ricardo Ponce de la situación financiera del Estado.

También nos honraban a menudo con sus agradables visitas, los destacados miembros de esta leída revista CARTELES, los amigos Quilez y Roselló, sobrino éste del que fué nuestro compañero en la Prensa y en el teatro, aquel hombre culto y amenísimo en su trato que se llamó Gustavo Gavaldá, sal y atractivo de nuestras tertulias en el Café Central y de estas veladas del saloncillo de Alhambra, que ahora referimos. Gavaldá había leído y viajado mucho, residiendo largas temporadas en París, Madrid y New York; y su conversación resultaba, por lo tanto, de lo más interesante e instructiva. Formó en aquel grupo de autores de bufos cubanos que tanto se hicieron aplaudir por los años 83, 84, etc., en los teatros de Albisu y Torrecilla; y fué en su juventud profesor distinguido del Colegio San Ramón, que dirigía el ilustre doctor José de Poo.

El doctor Ramiro Cabrera, primogénito del nunca olvidado don Raimundo, también iba frecuentemente al saloncillo; y con él revivíamos gratos recuerdos de su padre, de cuando con no escasa fortuna figuró entre los autores vernáculos de su tiempo, dando a la escena del teatro Cervantes, cuando de él era empresario Narciso López, las obras “Vapor Correo” y “Del Parque a la Luna”, ambas con música del maestro también cubano Mauri. En “Del Parque a la Luna” trabajaron la aplaudida tiple señora Padilla, mujer hermosísima además; el hoy popular Regino López, que comenzaba entonces su carrera artística, y aquel cómico bonachón, Ballós, que desempeñaba el tipo del español avaro “que quería cogerse la luna”. Ballós desempeñaba en “La Gran Vía” el Isidro aquel que timaban con los paquetes de perdigones. “Del Parque a la Luna” era una candente sátira contra el Gobierno de la Colonia; lo que produjo en el citado Cervantes un gran revuelo la noche del estreno. Gabriel Camps, ya desde entonces dando muestras de su espíritu vivaz, combativo y sin pelos en la lengua, se subió al escenario y pronunció un fuerte discurso contra el gobernador y el censor de teatros, señor Miralles; siendo detenido y llevado a la Comisaría, de donde lo sacaron los jefes del Partido Autonomista que protestaron del acto y armaron lo que hoy se llama una *tángana*, y entonces se le decía una *guángara*. Aligerada la obra de algunas durezas, se representó ciento doce noches consecutivas; y según aseguran los que lo saben, le dió de ganancia al citado empresario Narciso López muy cerca de cien mil pesos B. B. del B. E. de la Y. de C. Ya metido entre bastidores—de donde se hace difícil salir una vez que se entra—don Raimundo escribió la comedia en tres actos “Intrigas de un Secretario”, que se puso en Tación varias noches con buen éxito: Un centro cultural de la época premió la labor del doctor Cabrera con una espléndida corona.

Situado el saloncillo en la parte más fresca y ventilada del escenario, siempre se le veía concurrido durante la representación por cómicos y periodistas, parte de éstos últimos haciendo hora

para dar comienzo a los trabajos nocturnos de sus respectivos periódicos; y parte de vuelta de los mismos, de haber terminado ya los trabajos de la tarde. Muchas de las noticias sensacionales que iban a asombrar al público en los periódicos de la mañana, se conocían en el saloncillo con tres y cuatro horas de antelación. ¡Qué visitas tan amenas y entretenidas las que nos hacía el inolvidable



PATRIMONIO DOCUMENTAL

Víctor Muñoz, con el texto de los cablegramas de Washington, New York y París, que iba después a traducir e inflar para su periódico "El Mundo"!

Durante la guerra mundial Benito Aranguren, fallecido recientemente con gran pena de sus amigos, y que era uno de los inseparables del saloncillo, clavó en una de las paredes del mismo uno de los infinitos mapas de las operaciones militares que se publicaron; y en él seguíamos con lápiz azul y rojo, día a día, el más minucioso movimiento de los ejércitos beligerantes. Y vengan apasionadas discusiones entre los simpatizadores de uno y otro bando; y vengan planes y cálculos de los miles de estrategias que surgían por dondequiera con motivo de la monstruosa conflagración que tenía aterrorizado al universo. El saloncillo se estremecía a veces como un Congreso con las acaloradas disputas; gracias que en él, como en el mundo, estaban en mayoría los aliados, y aquellas duraban poco. De estas discusiones surgió la obra del postalista "Aliados y Alemanes", representada en aquel escenario infinidad de noches con gran éxito. Cuando se acabó la guerra, la cartulina del plano empezó a amarillarse con el tiempo, y a enroscarse, y al cabo se desprendió de la pared; y una mañana el barrenero del escenario la barrió a golpes de escoba hasta sepultarla en el latón de la basura... No ha hecho menos la escoba de los años con los magnates y jefes que motivaron y sostenían aquella guerra inicua.

Ultimamente le había dado por acudir con frecuencia al saloncillo al doctor Julio de Poo, antiguo rata de teatro, que desde los diez años hizo vida diaria de escenario. Su padre, el doctor Jose de Poo, gran aficionado al arte de Talía, autor entre otras obras de la comedia "Casarse con la Familia", era el organizador de los cuadros dramáticos que trabajaban en las sociedades de recreo del tiempo viejo. Julio Poo era un archivo viviente de nombres, fechas, acontecimientos, etc. A menudo lo utilizábamos para los datos de nuestras postales; y siempre quedábamos complacidos; hoy lo echamos bastante de menos. Carlitos Vasseur, sobrino de Julio, y nuestro antiguo discípulo en el ya citado colegio de San Ramón, nos visitaba también con frecuencia, entreteniéndonos con sus amenas narraciones de los países sudamericanos, en los que había residido largos años como representante diplomático de nuestra República.

Nos placía oír hablar a Julio Poo del teatro viejo. Gustavo Robreño, que desciende de familia ilustre de artistas, y que como el doctor Poo anda por ese mundo de las bambalinas desde sus más tiernos años, se ponía con él a citar nombres, estrenos y fechas; y era como si se presenciara la resurrección de aquel periodo de arte en que brillaron tan esclarecidos artistas y surgieron a la vida inmortales creaciones que por desgracia no se han visto superadas con frecuencia en el presente: de donde surgían en el saloncillo acaloradas discusiones entre los partidarios del teatro an-

tiguo y del moderno, quedando convencidos todos de que no hay más que un teatro que no guste, ni tenga adeptos: el malo.

En el saloncillo se hablaba de arte, de literatura, de teatro, de finanzas, de amores y amorios; y si alguna vez el tema político se ponía sobre el tapete, se le despojaba de su acritud; y con el solo hecho de ser tratado en aquel sitio, y entre personas que no eran por lo general políticos militantes, ya adquiría la discusión un sesgo altamente cómico y pintoresco de marcado "choteo cubiche". A veces ocupaban los grills del escenario los más connotados representantes de nuestros grupos partidaristas; mas al respirar aquel amable y simpático ambiente, fraternal y democrático, que era la característica de "nuestra casa", en muchas ocasiones unos y otros se estrechaban las manos; y pasaban después al saloncillo, confirmándose en él su simpática, aunque efímera, reconciliación política, de que después hablaban los periódicos.

Machado, cuando preparaba su elección presidencial, era visita casi diaria de los grills y del saloncillo de Alhambra. Cuando José Miguel Gómez desempeñó el Gobierno de las Villas, no venía una vez a La Habana que no nos visitara. Grau San Martín, siendo ya Presidente, fué una noche a ver una representación de nuestra obra "La Intervención Cubana", donde se le aludía, desde luego, en forma correcta; y lo mismo el coronel Batista, que tuvo para autores y cómicos las más calurosas y entusiastas frases de elogios. Freyre de Andrade, en su tiempo, iba muy a menudo; y también el general Menocal; Asbert, y últimamente Miguel Mariano Gómez, de cuyas bondades viviremos agradecidos.



De aquellas visitas surgieron las obras "La Casita Criolla", "El Triunfo de la Conjunción" y otras. Pepe Strampes, "el eterno alegre" de la Acera, nos llevaba los efluvios de su simpatía irresistible. Muchas de estas personas, ajetreteadas de continuo por el vértigo de la cosa pública, cuando se sentaban en el saloncillo, exclamaban con un hondo suspiro de satisfacción

—¡Qué bien se está aquí, señores!

En el saloncillo de Alhambra se concertaron algunos duelos que después se llevaron a efecto en el escenario: el de Wifredo Fernández con el profesor de armas Loustalot; el de Pepín Rivero con Iraizoz, casi recién salidos ambos de la Universidad; el de Rey con Quiñones; el del general Loynaz del Castillo con no recordamos quién, y muchos más; y no con espadas y pistolas de utilería de teatro, ciertamente, aunque por dicha no llegó nunca la sangre al foso; ni dejaron de salir reconciliados los combatientes en la mayoría de los casos.

Últimamente el saloncillo se había ampliado en más del doble, convirtiéndose en una verdadera y confortable sala de recreo, donde cabía un buen número de sillas, mecedoras, bastoneras, etc., que ofrecían sobrada comodidad a los visitantes. En un ángulo, y sobre una esbelta columna de caoba, colocamos un busto, en bronce de Shakespeare; y él presidía nuestras veladas. También colgaban de las paredes, entapizadas de un papel verde claro punteado de diminutas florecillas de diferentes colores, retratos de los más aplaudidos y notables autores hispanos, y de artistas vernáculos, ya muertos algunos, que se habían cubierto de aplausos y gloria en aquel escenario: Arturo Ramírez, Eloisa Trias, Inés Ve-

lázco, Pirolo, etc., y varios bocetos de decoraciones de Arias, Gómiz, Noriega, Antony. El poeta Sánchez Galarraga nos obsequió una vez con un retrato suyo de gran tamaño, que colocamos en lugar preferente; y el cual prendimos con un negro crespón el día de su sentida muerte. El saloncillo se renovaba y crecía de continuo; y ya teníamos planeadas otras reformas...

Pero el día 18 de febrero de 1935, a las doce y veinticinco minutos de la noche, la campana del destino hizo oír ese toque siniestro, fatal e inesperado, que tuerce violentamente el curso de nuestra vida y troncha en lo mejor las más bellas aspiraciones del espíritu: había tenido lugar el derrumbe de la pequeña nave central del vestíbulo del teatro. Aquella mañana precisamente habíamos firmado con el dueño de la finca, don José Solís, un nuevo

contrato de arrendamiento, el cual rescindimos después de la catástrofe, obligados por fuerza mayor; y más que nada, por el deseo manifiesto del dueño de aprovechar el incidente para llevar a cabo una completa transformación del edificio. La empresa de cine que lo ocupa en la actualidad, y a la cual deseamos el mayor éxito en sus actividades ¿durará y resistirá como la nuestra, otros treinta y cinco años de combate? Creemos que esa gloria le estuvo reservada a la empresa López y Villoch, tal vez la única que ha batido en el mundo ese récord de duración. Empezamos con el siglo...

Aunque diga el proverbio que todo pasa; que todo se rompe, y que todo se deja, no importa. Regino puede levantar mientras viva su gloriosa frente de actor popularísimo; Villoch puede mostrar orgulloso hasta su última hora sus años de laboriosidad y de constancia; y nuestro recuerdo no será tan fácil de borrar de aquella "casa roja" que nosotros convertimos, con la ayuda también de nuestros colaboradores, en una verdadera institución nacional cubana que contaba con la simpatía y el amor de todos.

Cuando dieron comienzo las obras de demolición del edificio que ocupara el teatro, ya se comprenderá con qué honda pena vimos echar abajo las paredes que demarcaban aquel saloncillo de Alhambra, prolongación casi del hogar de cuantos espiritualmente habíamos vivido treinta y cinco largos años en aquella casa. Cada cual se llevó su cuadro; su *biblot*; su libro; su mueble; cuanto objeto aportó para adornar el amado rincón; mas el "alma del lugar", ese hábito que arraiga y alienta en los sitios en que se ha vivido mucho tiempo, quedó sepultada entre los escombros; como el cadáver del ser querido que las grandes catástrofes nos obligan a abandonar en nuestra huida...

La Alhambra, reedificada, es un monumento donde reposan, para la admiración de las edades futuras, cuarenta años—1891-1935—de alegría criolla y de laboriosidad artística cubana. "Alcázar: fortaleza; recinto fortificado". Muchos alcázares recuerdan el paso del árabe en España; pero el de la Alhambra, morada suntuosa de los Al-Alhamares, los superó a todos en arte, encantamiento y poesía.

—¡Adiós, Granada!—suspiraba el rey moro Boabdil, desde el mirador de Lindaraja—el saloncillo—dirigiendo una última mirada a la regia mansión de sus antepasados que iba a abandonar para siempre...

¡Adiós, Alhambra!

Carteles, Oct 22/38

